

REUNIÓN DE ECONOMISTAS DE ORIENTE Y OCCIDENTE

Celso Furtado

Si existe un campo en el cual difícilmente cabría concebir un diálogo de verdadero interés científico entre estudiosos del Occidente y del Oriente, ese campo es con seguridad el de la ciencia económica. La primera dificultad surge de la inexistencia de una terminología común que permita una adecuada definición de la materia a tratar. Pero aun cuando se superase esa dificultad, tendríamos que enfrentarnos con otra mayor: la inexistencia de un objeto común de investigación científica. En el mundo occidental el economista observa una realidad extremadamente atomizada, en la cual las decisiones de conjunto tomadas por el sector público se consideran como factores exógenos. En los países de régimen comunista el sistema económico está sometido a una disciplina administrativa y opera básicamente obedeciendo a decisiones tomadas de arriba hacia abajo. Y eso no es todo: los rusos demostraron hasta hoy (o hasta hace muy poco) un gran desprecio por lo que en Occidente se llama ciencia económica. Limitando el objetivo de la economía política al estudio de las “relaciones de producción”, transformaron al economista en un servil repetidor de Marx, puesto que admiten que todo lo que es realmente importante en esa materia se encuentra en las obras de ese autor. Los problemas relacionados con la organización de la producción, sistema de precios, distribución del ingreso, etc., pasaron a ser considerados como materia administrativa, cuya competencia corresponde a dirigentes políticos o a ingenieros.

Teniendo en cuenta estos hechos, cuando me invitó la UNESCO para participar en una conferencia internacional con economistas del Oriente y del Occidente —a realizarse en Estambul— tuve una primera reacción de extremado escepticismo. El objetivo de la UNESCO era altamente loable: poner en contacto profesores y estudiosos en el campo de las ciencias sociales de los bloques en que el mundo está dividido. Los grupos tendrían que ser pequeños para permitir una discusión informal. El grupo occidental estaba constituido por los profesores E. A. G. Robinson, de la Universidad de Cambridge; Haberler, de la Universidad de Harvard; Cairncross, de la Universidad de Glasgow; Lindahl, de la Universidad de Upsala; Triffin, de la Universidad de Yale; Gardner, de la Universidad de Columbia; Mossé, de la Universidad de Grenoble; Rueff, del Instituto de Francia; Suvla, de la Universidad de Estambul; Al Naggar, de la Universidad del Cairo, y por el autor de esta nota. El grupo oriental estaba constituido por diez economistas, destacándose los

profesores Dyatchenko, de la Academia de Ciencias de la URSS; Kaigl, de la Academia de Ciencias de Checoslovaquia; Minc, de la Academia de Ciencias de Polonia; Rachmut, de la Academia de Ciencias de Rumania; y Friss, de la Academia de Ciencias de Hungría.

La conferencia tendría como tema principal de debate los factores determinantes del nivel de actividad en los distintos sistemas económicos. Sobre aspectos de ese tema previamente fueron preparados algunos trabajos técnicos por economistas de uno y otro lado. De manera general, esos estudios dejaban mucho que desear. Los economistas occidentales presentaban, las más de las veces, un cuadro idealizado y bastante irreal de las economías capitalistas. Del lado oriental, los documentos se caracterizaban por un lenguaje impreciso y un tono polémico que iba desde el ditirambo a las virtudes de la planeación y de las diatribas a la "anarquía" de las economías de mercado. Me limitaré aquí a algunos puntos que considero de mayor importancia, suscitados por la lectura de los trabajos preparados por los economistas del bloque oriental.

El problema de la técnica de la planeación fue expuesto ampliamente en dos estudios, por los profesores Dyatchenko y Friss. Con todo, en ninguno de los dos estudios se aborda directamente el papel del consumidor en el mecanismo de una economía planificada. Ese problema tiene dos aspectos fundamentales. El primero está ligado a la necesidad de correspondencia, en un momento dado, entre las estructuras de la oferta y de la demanda de bienes de consumo. Puesto que recibe su ingreso en términos monetarios, el consumidor de una economía planeada puede ejercer su libre albedrío dentro de determinados límites. En un sistema estático, ese problema es relativamente secundario. Sin embargo, no se puede decir lo mismo de una economía en rápido crecimiento y transformación. El segundo aspecto de ese problema es el siguiente: si se limita el campo de elección del consumidor por conveniencia administrativa, ¿no habrá riesgo de deslizarse hacia un exceso de uniformidad con efectos negativos sobre la personalidad del hombre y, en particular, sobre el desarrollo de sus potencialidades estéticas?

El primero de los aspectos referidos plantea problemas técnicos extremadamente interesantes. ¿Qué factores determinan las modificaciones en la estructura del gasto de los consumidores? ¿Qué papel desempeñan allí la distribución del ingreso, la estructura de edades de la población, la urbanización, la estructura social, etc.? El segundo está relacionado con los efectos de la planeación económica sobre la cultura. ¿Hasta qué punto es posible planear una economía sin planear también, consciente o inconscientemente, la cultura?

El problema del comercio exterior en las economías planeadas fue

estudiado en forma bastante completa por el profesor Kaigl. El funcionamiento de una economía internacional planeada presenta interés fundamental para nosotros que estamos empeñados en la formación de mercados comunes multinacionales. Con todo, el problema crucial de los precios relativos no fue abordado. Y no lo fue por una razón muy sencilla: hasta hoy no se ha resuelto, desde un punto de vista teórico, el problema de la fijación de los precios relativos internos en las economías del bloque comunista. En efecto, si se define el "valor" en términos de trabajo incorporado, de acuerdo con la teoría marxista, resulta que una misma mercadería tiene menos "valor" en un país desarrollado —en que es mayor la productividad física del trabajo— que en uno subdesarrollado. Siendo así, si se fijan los precios del comercio internacional en términos de "valor", se provoca una transferencia permanente de ingresos en favor del país de más baja productividad. Es sabido que los economistas clásicos pensaron superar esa dificultad abandonando la ley del valor en lo que respecta al comercio internacional y creando la teoría de los costos comparativos que es, con todo, una teoría estática. Al parecer, en los países del bloque comunista no se ha hecho ningún esfuerzo teórico importante para superar las limitaciones de la teoría de los costos comparativos. De acuerdo con una respuesta del profesor Kaigl a una observación nuestra, el comercio internacional entre los países comunistas tiene como base los precios relativos que prevalecen en el llamado mercado mundial. Si se tienen en cuenta las imperfecciones de ese mercado, imperfecciones que operan principalmente en contra de los países subdesarrollados, cabe concluir que las transferencias de ingreso que se efectúen no lo serán en perjuicio de los países más desarrollados.

El problema crucial de los precios relativos internos —seguramente el más importante desde el punto de vista de una teoría de la planeación— fue abordado directamente por el profesor Rachmut. Al contrario de los demás, ese estudio penetraba en un campo en donde existe una notable controversia actualmente entre los economistas de los países comunistas. Partiendo del principio marxista de que el capital no crea "valor", los rusos establecieron su sistema de precios al mayoreo con base en los gastos de mano de obra y reposición del capital. Con el tiempo, introdujeron (sin justificación teórica), una tasa arbitraria de interés de 6 % como carga financiera, aunque limitada a las industrias de bienes de consumo. De esa situación resulta que los precios de los bienes de capital son relativamente bajos (lo que se hizo aparentemente con el objeto de inducir a las empresas a que se mecanizaran en todo lo posible) y este hecho crea una elevada demanda de bienes de capital y justifica que se dedique una gran parte de los recursos a la capitaliza-

ción. Como los equipos son relativamente baratos, los dirigentes de las empresas multiplican sus pedidos, aunque sólo sea para utilizar parcialmente la capacidad de las máquinas. Por otro lado, la idea de establecer el precio como un múltiplo del "valor", es decir, de los pagos al factor trabajo, induce a las empresas a preferir las técnicas de producción que absorben mayor cantidad de trabajo por unidad de producto. El profesor Rachmut sugiere que el precio al nivel de la empresa sea fijado con base en "el costo medio en un ramo de industria determinado, más una fracción uniforme de utilidad que es igual para todos los ramos". Esta solución tendría por objeto inducir a las empresas a preferir siempre las técnicas en que se economiza más mano de obra. Ahora bien, particularmente en un país subdesarrollado como Rumania es del todo posible que las técnicas tendientes a economizar equipos o materias primas presenten en muchas ocasiones un grado de racionalidad más elevado desde el punto de vista social. Nos enfrentamos aquí al problema crucial de la selección de tecnologías alternativas, de particular importancia para los países subdesarrollados importadores de equipos.

Las discusiones sobre estos y otros temas a los que se ha hecho referencia resultaron mucho más interesantes de lo que hubiera podido preverse por la forma en que fueron elaborados los estudios básicos. De esas discusiones se pueden inferir algunas conclusiones de carácter general. La primera de ellas es que se está realizando un gran esfuerzo en el sentido de reformular los procesos y técnicas de planeación. El dogmatismo y el exceso de empirismo dieron por resultado una acumulación de elementos irracionales que condujeron a grandes distorsiones y desperdicios particularmente evidentes en los casos de Polonia y Hungría. La evolución que ocurre actualmente está lejos de seguir las mismas líneas en todos los países. El país más avanzado, desde el punto de vista estricto de la técnica de planeación, es posiblemente Checoslovaquia. Las reformas que se han introducido en ese país en el último año tienen como principal objeto crear una serie de automatismos que operen al nivel de la empresa. Uno de los trazos más sugestivos de esas reformas es la introducción de incentivos monetarios al personal directivo de las empresas. El empresario checo se asemejará al empresario occidental en el hecho de que su remuneración estará influida por la eficiencia con que administre la empresa, a través de una participación en las utilidades de la misma. Además, sus planes de expansión y, por tanto, la importancia relativa de la empresa dentro del ramo dependerán igualmente de aquella eficiencia. Por otra parte, dado el más alto grado de desarrollo de Checoslovaquia, se están presentando con más urgencia los problemas relativos al análisis de la demanda de bienes de consumo.

Si bien es cierto que se están realizando algunos esfuerzos para erradicar los elementos de irracionalidad e imprimir mayor flexibilidad y automatismo al sistema económico, parece que aún está lejano el día en que los economistas del bloque oriental puedan ofrecer una teoría que merezca el nombre de “teoría económica de la planeación”. Hace falta algo que se asemeje a una “teoría del capital”, para establecer sobre bases realmente racionales la expansión de la capacidad productiva. Y será imprescindible una “teoría de la función-consumo” para poder establecer las metas de producción a corto y medio plazos si se pretende preservar el papel dinámico del consumidor en el sistema económico.

Con respecto a la economía del subdesarrollo, no se dijo nada, de un lado y de otro, que merezca referencia. Al parecer, en Oriente existe aún menos conciencia que en Occidente de la necesidad de reconocer en la economía del subdesarrollo un campo autónomo que exige un esfuerzo creador de naturaleza teórica.